

SEMBLANZA DE DON MANUEL FRAILE MAYORAL

AMPARO FRAILE SÁNCHEZ
Hija de don Manuel Fraile Mayoral

Aunque parezca paradójico, es muy difícil para mí hablar de mi padre, porque si opto por una noble objetividad, se me presenta este artículo demasiado estructurado y si me inclino por dar rienda suelta a mis sentimientos, lo invadiría todo la sensiblería. Veré si puedo hacer una simbiosis para no defraudar a los lectores y presentarle tal como fue en su responsable carrera sanitaria y su inmensa ternura de esposo y padre.

Permítanme comenzar con una anécdota muy significativa. Hace un par de años, en plena Fiesta de la Coronada, cuando el pueblo se arremolinaba en torno a la Virgen, nuestra Patrona, una señora se acercó al velador donde degustábamos un sabroso “guarrino” y sin más preámbulos nos preguntó: *¿son ustedes hijos de Manolo Machuno?* Ante nuestra respuesta afirmativa extendió la mano hacia la gente y con un giro casi taurino dijo: *“Miren ustedes; todos, todos los que estamos aquí, le debemos algo a su padre”*.

Y yo me pregunto, ¿Quién fue mi padre para que una multitud, casi cincuenta años después de su muerte, le deba algo? Don Manuel Fraile Mayoral, popularmente llamado “Machuno”, fue un buen hombre que vino al mundo un 8 de julio de 1900.

Sus padres, José Fraile y María Mayoral vivían con su hija María Dolores en una casa pequeña de la calle Santa Eulalia en la zona de las Peñitas.

El siglo XX y Manolo estrenan la vida. Una vida insegura para ambos; el siglo, dando bandazos políticos, económicos, sociales.... Manolo, como cualquier niño, entretenido jugando a los bolindres, a guardias y ladrones, o embarrado en el cercano arroyo Tripero.

Y van pasando los años. Ahora tiene que ayudar en casa aunque sólo sea para hacer recados. El pequeño Manolo se muestra ya afable y servicial. Ayuda a su familia y a los vecinos. *“Manolo, ve a la plaza, ve al zapatero, ve a la botica..”* Esto último le gusta; siente atracción por aquel comercio en el que se venden cosas para sanar a la gente; contempla abstraído

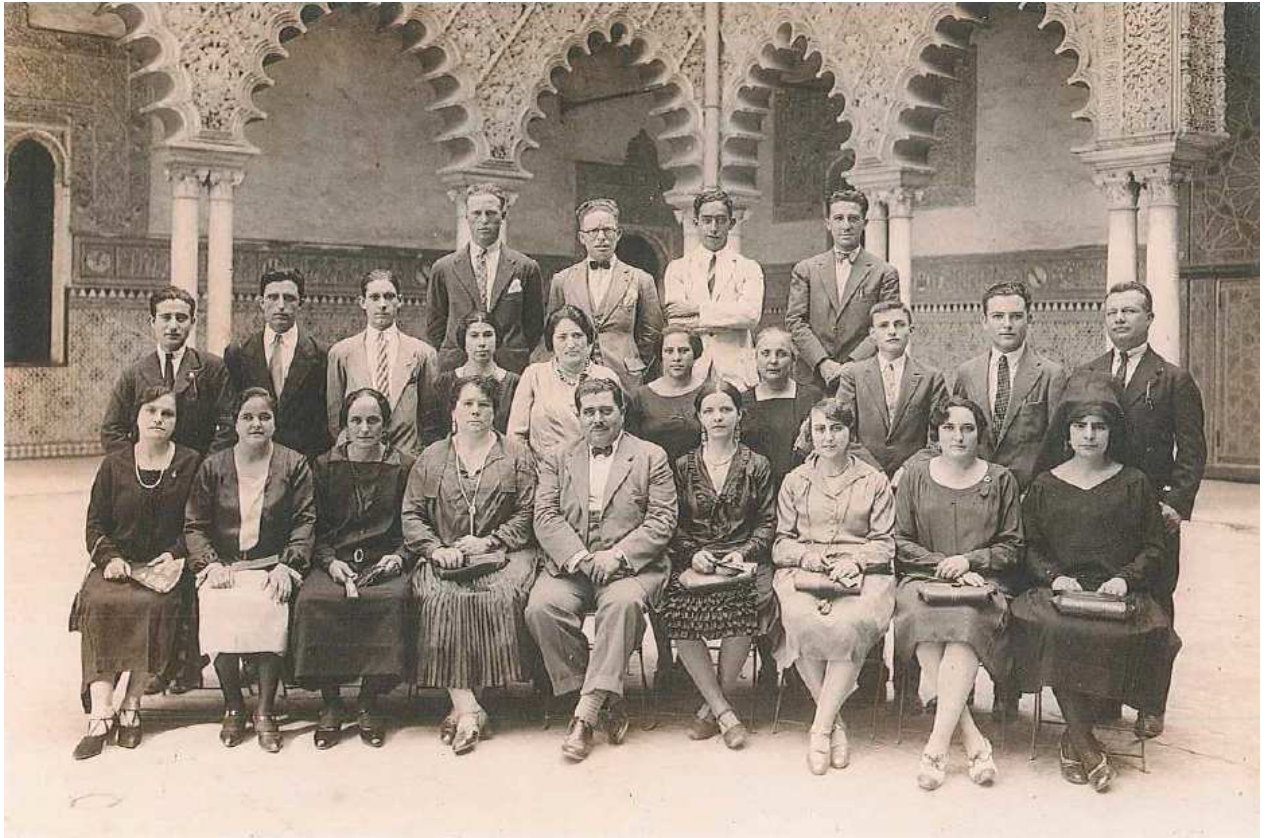
cómo el boticario mezcla sustancias y elabora pomadas... *“Anda Manolito, ayúdame, machaca esto que hay en el mortero hasta que se haga polvo...”* Y a Manolo le gusta todo aquello, la balanza de precisión, las probetas, las jeringuillas, aquel olor distinto a los demás olores....



Don Rafael

Don Rafael y doña Rosario, dueños de la botica de la Plaza Vieja, han cogido gran afecto por aquel muchacho simpático, trabajador y ávido de aprender; así que hablan con sus padres y lo contratan de mancebo.

Ahora sí que está Manolo en su centro. ¡Mancebo! Y nada menos que con Don Rafael. Allí se familiariza con el tema, aprende fórmulas magistrales para todo tipo de dolencias, allí se abre ante su mirada el mundo de los enfermos, del sufrimiento, de la entrega para ayudar. No pasan desapercibidos para Don Rafael los sentimientos del joven Manolo y de común acuerdo con su esposa, le proponen que encauce sus aptitudes sanitarias en la carrera de Practicante, ellos se la pagarían.



Promoción de la Universidad

Ahora comienza otra etapa. Primero en Sevilla y después en Salamanca, Manolo aprovecha todas las oportunidades que se le brindan para ampliar sus conocimientos. Estudia, lee, practica, todo con la mirada puesta en Villafranca como campo de acción de sus ilusiones.

Cuando vuelve al pueblo, ya es un hombre, joven, culto, apacible y trabajador. Su carácter noble, con un apreciable don de gentes, le hace abrirse a la amistad superando las difíciles circunstancias por las que atraviesa la ciudad.

A principios del siglo XX, Villafranca presentaba un aspecto totalmente distinto al que presenta hoy. Sus calles y plazas estaban cubiertas por espesas capas de polvo y pajas preludio de los grandes barrizales en tiempo de lluvias que le obligaban a usar leguis para preservar los pantalones. Algunas calles, muy pocas, estaban empedradas; pues, bien, Manolo, al comienzo de su vida laboral como Practicante, va grabando en su interior todos los itinerarios y distancias, el número de las casas, el nombre de sus moradores y las dolencias que le aquejan.

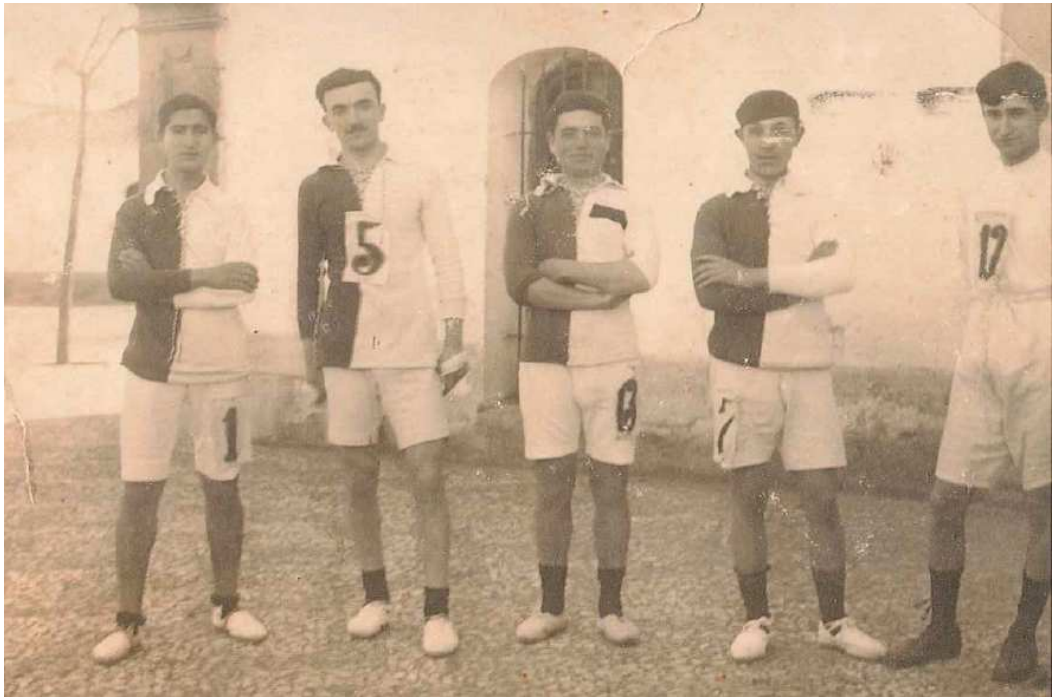
Manolo ya es D. Manuel Fraile Mayoral. El apodo de "Machuno" le vino por analogía con un zapatero apodado "Machuno", que daba bromas a sus clientes pinchándoles en las nalgas con la lezna. Cuando mi padre comenzó a poner inyecciones decían: *Tiene las ideas del tío Machuno*. Y a partir de ahí...



El joven Manuel Fraile

A este hombre, la vida le sonríe ofreciéndole un gran campo de acción donde practicar el cúmulo de conocimientos adquiridos, primero con Don Rafael, luego en sus escuelas sanitarias y, por último, el complemento que él aportó con la asidua lectura de grandes volúmenes sobre medicina casuística.

En aquellos primeros años de su actividad laboral, saca tiempo para recrearse en actividades deportivas. Es aficionado al atletismo formando equipo con otros jóvenes del pueblo y en las carreras pedestres que se organizan gana buen número de medallas que conservamos con ilusión.



Equipo de atletismo local

Como es natural, llegó el tiempo de formar una familia y puso sus ojos en Dolores, una joven diez años menor que él, hija mayor de Fernando Sánchez, maestro de harinas en la fábrica harinera de Villafranca, hoy Casa de la Cultura, Su madre, Amparo Ramírez.



Doña Dolores

Dolores es guapa, jovial, que sabía lo que era el trabajo. Compaginaba el colegio con el cuidado de sus hermanos pequeños, mientras su madre atendía la tienda de comestibles que tenía en el Camino de la Fuente; después, como buena villafranquesa, iba al taller de Juliana la bordadora para aprender a manejar la aguja en aquellas filigranas que tanto renombre han dado al pueblo: los bordados.

Durante el noviazgo, alternaban con los amigos en la costumbre de la época. Una de ellas era reunirse en un salón del Hotel Reverte, tocando el piano, bailando, entonando canciones y recreándose con la inmejorable voz de Dolores Castro, cuya aptitud heredaron sus hijos Tere, Manolo y Carmen.

En estas tertulias en las que el mayor peso se lo llevaban las zarzuelas, participaron alguna vez famosos tenores como Marcos Redondo y otros.

El día de su boda ocurrió un incidente que mi madre nos contó muchas veces. Como era costumbre del pueblo, salieron de la casa de la novia en fila. Comenzaba la comitiva mi madre y el padrino, después mi padre y la madrina, luego los invitados. Cuando se acercaban a la Parroquia, un grupo de republicanos les cortaron el paso, pues no se permitían bodas católicas. Es de entender la angustiada situación que se presentó, pero por poco tiempo; pues levantando la voz, uno de aquellos hombres dijo: *“¡Abrid paso, que es Machuno!”*.



Foto de boda

Mis padres se instalaron en una casa alquilada de la calle Alzada. De esa casa tengo los mejores recuerdos de mi vida.

Fuimos tres hermanos, Carmen, “la perfecta callada” como la definiera Ramón Almoquera en un poema dedicado a sus amigas. Pepe, que les proporcionó grandes alegrías con su buen hacer de estudiante, consiguiendo dos veces, la dignidad de Príncipe del Colegio San José. También heredó el amor al trabajo y la honradez de mi padre. Por último, nací yo después de la guerra. Pasé una infancia pachucha y enclenque, atributos que merecieron ser la niña mimada. Cuánto recuerdo aquellos días en los que al llegar mi padre cansado y sudoroso, su primera faena era buscarme por la casa para darme un beso y... ¡algo! lo que llevara: podían ser cacahuetes, recortes de los moldes de caramelos de Lino, un cuento....

Antes de mi nacimiento, cuando el siglo XX se debatía en una terrible guerra cosechando frutos de pobreza y hambrunas, mi padre luchaba incansable por combatir las epidemias generadas. Hay enfermos aquí y allá, y mi padre va de un lado para otro, andando, con frío, calor, lluvias, tormentas... llevando el consuelo de una posible curación. Cuando le preguntaban “Manolo, ¿Qué te debemos?” él contestaba sonriente: “Cuando estés bueno, hablamos” y así con todos; a algunos le lleva el alcohol, a otros les mete debajo de la almohada unas monedas, a una mujer le dice que vaya a casa para darle medicina, y lo que le da es un pollo. De esta forma pasa la jornada, hasta que llega a casa con los pies destrozados.

Nunca tuvo en su trato acepción de personas, ni destacó en él ningún interés egoísta, pues su centro estaba en el enfermo, en salvarle, sin importarle nada más. Por eso, el día de su santo, el pueblo se volcaba llenando la casa de regalos, no para pagarle, sino para agradecerle y él radiante de alegría adivinaba el cariño que había detrás de cada uno. Este agradecimiento del pueblo también revestía otras formas.

Anteriormente he dicho que yo era una niña débil, por lo que a mí hacía nido cualquier enfermedad. Una de ellas fue la tosferina y para que me recuperara aconsejaron los médicos me llevaran al campo. No pasaron muchos días para que pusieran en sus manos las llaves de un cortijo “Las Bodegas” propiedad de los Miró. Allí pasamos un inolvidable verano al cuidado de Fernanda, una entrañable mujer, mano derecha de mi madre. No estábamos solos, pues en la casa contigua vivían los Mancera con sus hijas Anita, Isabel y Maruja que jugaban conmigo, me llevaban con ellas a coger caracoles y a lo alto de la sierra de San Jorge. Me hicieron feliz.

Más adelante, Pepe Barroso, vecino nuestro, nos llevó a mi madre y a mí a su cortijo “El Lobo” cerca de Hornachos.

He de decir que tanto mi padre, como mi madre, aprovechaban cualquier ocasión para inculcarnos una jerarquía de valores totalmente evangélicos. Una de estas ocasiones era la de los regalos. “Mirad cuántos regalos. Todos son valiosos, no importa que sean de un rico o de un pobre, todos son importantes”. Como apenas cobraba, era escaso el dinero que había en casa, así que teníamos que acomodarnos a la escasez, no de víveres, que abundaban en la

despensa, sino al cuidado de nuestras cosas personales, vestidos, zapatos, juguetes, libros... y a no ambicionar lo de nuestros amigos más pudientes que nosotros. Debíamos conformarnos con lo que teníamos. A mí que era la más pequeña, me repetían que así era el Niño Jesús.

En esta misma línea iba el amor al trabajo. Teníamos que aprovechar el tiempo en los estudios y si había que madrugar.... Se madrugaba. Mi padre iba por delante con el ejemplo. Se levantaba antes de salir el sol, abría la puerta, encendía las hornillas de carbón, ponía en una el puchero del café y en la otra un gran jarro de aluminio con agua para el aseo. Luego, con mucha dulzura nos despertaba llevándonos a la cama una tacita de café. Por último, comenzaba su tarea con los enfermos que debían ir temprano a sus trabajos del campo o de las fábricas.



Don Manuel de mayor

Uno de los momentos más difíciles y sacrificados fueron los últimos años de los cuarenta y posteriores, al comenzar el uso de la penicilina. La complejidad del producto tenía exigencias sanitarias laboriosas, no sólo por el preparado previo, sino por su aplicación al enfermo ya que había que inyectarle cada tres horas.

Es fácil comprender cómo se complicó la vida de mi padre. Primero, preparándose bien para dominar el tema, luego, en la aplicación de los tratamientos. Pocos al principio, más abundantes después. De tal modo, que en ocasiones se vio obligado a pernoctar al lado del enfermo.

El siglo XX ya va por la mitad del camino. En Villafranca comienza una sangría de gente que deja su hogar para establecerse en ciudades industriales y prósperas. En la vida de mi padre, los cincuenta años van haciendo mella, su cansancio es manifiesto y anda con dificultad, la consulta que tiene en casa se prolonga hasta media mañana. Esta consulta en ocasiones, era más delicada, pues allí iban pacientes derivados de algunos cirujanos que, conociendo a mi padre, ponían en sus manos el cuidado postoperatorio. También sajava flemones y forúnculos purulentos y dolorosos y en alguna ocasión se veía obligado a practicar paracentesis.

Todavía recuerdo cuando llevaban algún niño pequeñito deshidratado y débil. Mi padre me llamaba para que sujetara en alto la botella del suero, hasta que finalizaba el trasvase del líquido que iba abultado el vientre el pequeño.

Un verano, cuando se disponía a salir para su trabajo vespertino, llamaron con insistencia a la puerta. Era una señora con una niña pequeña en los brazos. *¡Manolo, sálvala, sálvala!*. Mi padre examinó a la niña y movió la cabeza indicando que no se podía hacer nada: estaba inerte. Ante la insistencia de la madre, le dio un prolongado masaje y le inyectó no sé qué. Al rato, la chiquilla abrió los ojos y dijo: *“Mama”*.

Es muy difícil resumir la vida de mi padre. Creo que he expuesto abundante materia para que el lector se haga una idea de la profundidad de la misma.

No obstante, continuaré el paragón con el siglo, pues mientras éste sigue sus derroteros año tras año, el corazón de mi padre dejó de latir en plena calle un 26 de noviembre de 1965 repartiendo migaja por el pueblo. No pudo elegir un altar mejor para entregar su alma a Dios.

Había muerto Manolo Machuno, el hombre bueno que se entregó al pueblo; el hombre respetado y querido por todos. Una niña que acababa de perder a su padre dijo: *“Ahora que tienen que abrir las puertas del Cielo para que entre mi papá ¿por qué no se escapa Manolo?”*. Un año después, el pueblo entero, encabezado por el Excmo. Ayuntamiento cuyo Alcalde era Don Fernando Rengifo Fernández de Soria, erigió una lápida laudatoria en la plaza de España para perpetuar su memoria. Esa lápida luce hoy en la fachada del Centro de Salud.

El Alcalde Presidente
del
Excmo. Ayuntamiento y Jefe Local de
F. E. C. y de las J. O. N. S.



de



Villafranca de los Barros

Saluda

Al Sr. Notario

y tiene el honor de invitarle a los actos que como homenaje póstumo a Don Manuel Frailes Mayoral, ha organizado este Excmo. Ayuntamiento para el próximo día 26, fecha en la que se cumple el primer aniversario de su fallecimiento, y que son como sigue:

A las 7 de la tarde en la Iglesia Parroquial, Funeral por el eterno descanso de su alma.

A continuación, en la Plaza de España, descubrimiento de una lápida que el Ayuntamiento y vecindario dedican a su memoria.

Seguidamente unas palabras que mi Autoridad pronunciará como ofrenda del acto a su Sra. Viuda e hijos y finalmente entrega a la familia del Sr. Frailes de la cantidad recaudada por suscripción pública.

Fernando Rangifo Fernandez de Soiza.-

aprovecha gustoso esta ocasión para ofrecerle el testimonio de su consideración más distinguida.

Villafranca de los Barros 4 de Noviembre de 1966

El siglo sigue impulsado por grandes innovaciones. Importantes adelantos en todos los ámbitos del saber y da un gran salto hacia el siglo XXI.

Y la figura de D. Manuel Fraile Mayoral, permanece en la memoria del pueblo. El 26 de enero de 2005, el programa de radio llamado "Inolvidables" es dedicado íntegramente a mi padre. Como dieron voz a toda la ciudadanía, se agolparon las llamadas. Todos recordaron vivencias entrañables en torno a Manolo. Todas las intervenciones fueron profundas y sentidas. Para no alargarme plasmo aquí dos de ellas.

La hermana de Álvaro Mayo cuenta *"Mi hermano estaba enfermo desde muy niño y necesitaba la atención de Manolo varias veces al día. Allí estaba este hombre entrañable todas las veces que se le requería. Pasaron los años y Álvaro mejoraba y recaía. Cuando tuvo la edad suficiente y aprovechando una mejoría, su padre le compró una moto. ¿Qué hizo Álvaro con su moto? Pues ni más ni menos, que llevar a su practicante y amigo a todas las consultas para que no le sufrieran tanto los pies."*

Por último transcribo también el testimonio de Don Serapio Corchado, sacerdote y párroco del pueblo. Así pongo de manifiesto una faceta aún sin tocar: su fe en Dios y su intensa vida cristiana.

"Lo conocí y traté muchísimo durante 15 años. Este hombre fue una ayuda extraordinaria para Villafranca en el campo de la sanidad. Era como Dios pues estaba en todas partes. Daba pena verlo andar, pero él llegaba a todos los rincones. Fue un gran colaborador con la Iglesia como amigo y cristiano, pues a veces, me buscaba para comunicarme qué enfermos estaban moribundos por si querían confesarse y recibir el último Sacramento. "Don Serapio, en tal calle hay un enfermo que necesita su ayuda." Fue para todos un ejemplo de bondad y entrega. Un Villafranqués inolvidable."

También en el año 2005, Don Ramón Roperó Mancera, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento solicitó que el nuevo Centro de Salud llevara el nombre de Don Manuel Fraile Mayoral, solicitud que fue concedida por el entonces Consejero de Salud, Don Guillermo Fernández Vara. Ahora en 2015, con motivo del cincuenta aniversario de su fallecimiento este deseo va a ser realidad.

Quiero terminar como comencé esta semblanza, pero ahora somos nosotros los que extendemos las manos sobre todos los que recuerdan a nuestro padre y deciros muy alto que os debemos mucho; pues en vuestro corazón se mantiene el alma de Manolo, este hombre irreplicable que fue vuestro. Gracias.

